

Volvimos al barco y enseguida se puso a navegar. Fuimos a comer y, como el restaurante estaba en el piso más bajo, parecía que estábamos al mismo nivel del agua y daba una sensación rara. Después de comer, y muertos de sueño y de cansancio, algunos subimos a la cubierta del barco porque a las cuatro nos ofrecieron un té con pastas y bizcocho.

Poco a poco fue subiendo el personal. La tarde estaba radiante y la temperatura era deliciosa. Se veían grupos sentados alrededor de las mesas disfrutando en buena conversación. Ya íbamos de camino hacia la esclusa de Esna y las vistas de las orillas del Nilo, con sus palmerales, sus vergeles y sus animales (incluidos búfalos) fueron un buen descanso después del ajetreo mañanero y del de días anteriores. Nuestro guía Moheb nos avisó de que, a las siete, el capitán del barco nos invitaba a un cóctel de bienvenida en la sala de reuniones. Allí que acudimos. Unos combinados muy coloridos, algunos con alcohol y otros sin él, acompañados de unos pastelillos variados y con fondo de alegre música no árabe, también nos hicieron pasar un buen rato. Por cierto, por allí no apareció el susodicho capitán. Sobre las ocho, otra vez al restaurante para cenar.